

Eduardo Baura García, *Aetates mundi sunt... La división de la historia durante la Edad Media (siglos IV a XIII)*, Madrid, Ediciones de La Ergástula, 2012, 138 pp.

La obra de Eduardo Baura corresponde a un trabajo de fin de Máster, desarrollado en la Universidad Autónoma de Madrid. Hay que decir, en primer lugar, que es un esfuerzo ambicioso. Tal como señala en el prólogo Carlos de Ayala, catedrático de Historia Medieval de la UAM, se trata de una investigación sobre el “tiempo largo” y no un tema de trinchera especializada, lo que le vale ciertas alabanzas por tal atrevimiento. Porque lo que interesa es trazar una historia de la periodización de la historia (valga la redundancia) desde la aparición de la historiografía cristiana hasta el siglo XIII. Es decir, estamos frente a un análisis hecho a partir de muchos escritores pertenecientes a épocas distintas... ¿o tal vez no? Dilucidar este punto es ya una de los desafíos asumidos.

Para resolver el problema, el autor echa mano de una abundante bibliografía secundaria, destacando su conocimiento de las principales obras de los especialistas en el mundo hispano, alemán y anglosajón. Lamentablemente, no utiliza bibliografía específica en lengua francesa. Si bien usa a estudiosos como Jacques Le Goff, Jacques Verger y Jacques Paul, en sus traducciones castellanas, pasa al margen de los importantes trabajos de Bernard Guenée, que tanto ayudó en los años 1970 y 1980 a perfilar el estado de la conciencia histórica en la Edad Media. Consiguientemente, tampoco aprovecha las publicaciones de Benoît Lacroix, Mireille Chazan, Monique Paulmier-Foucart y Alfred Cordoliani, por mencionar algunos de los que han desarrollado el tema en tierras galas. Curiosamente también, aunque se apoya en las ideas de la célebre historiadora alemana Anna-Dorothee von den Brincken, deja de lado su fundamental *Studien zur lateinischen Weltchronistik bis in das Zeitalter Ottos von Freising*.

En el capítulo primero (“Algunos apuntes acerca de la historiografía y la periodización medievales”) encontramos las nociones preliminares sobre el concepto cristiano de la historia. Aquí anuncia Baura el objetivo primordial de su investigación: hacer frente a ese prejuicio tradicional según el cual “el cristianismo medieval no desarrolló una historia secular, y por ello no llevó a cabo una verdadera tarea historiográfica” (p. 21). Los puntos de partida del trabajo aparecen también: reconocer que en la Edad Media los intelectuales tenían otras prioridades en su visión historiográfica; que no hubo una verdadera confrontación entre *antiqui* y *moderni*, como a menudo se ha repetido, sino una complementariedad; y, por último, que estamos frente a una concepción de la historia de carácter universal, lineal y providencialista. Este último punto explica el surgimiento de la Historia Universal. Aunque podría objetársele que

el Epítome de las Historias filípicas de Justino y la Historia Romana de Polibio tienen ya un carácter de historia universal, Baura aduce una característica que sólo aparece con el cristianismo, la división del pasado histórico en edades, y que se manifiesta en el florecimiento del género de la Crónica universal. Aquí se nos describe la distinción básica de la teología cristiana y que se expresa en la tripartición ante legem, sub lege, sub gratia, o las Tres Eras.

En el capítulo segundo (“Los comienzos de la periodización: la patrística”), el autor hace gala de gran erudición en lo que respecta a las ideas historiográficas del Antiguo Testamento y de los escritos de los Padres de la Iglesia. A partir de las reflexiones teológicas de los Padres, y pasando por el gran aporte de Eusebio de Cesarea y Jerónimo de Estridón, llegamos a la gran división de la historia de san Agustín. Se trata de las seis edades del mundo, dependientes por cierto de los 6000 años que durará el mundo, tal como se nos recuerda con la cita de un texto patrístico: “Atended, hijos, qué quiere decir lo de: *acabólos en seis días*. Esto significa que en seis mil años consumará todas las cosas el Señor, pues un día es para Él mil años” (*Epístola de Bernabé*, XV, 4; p. 40).

El obispo de Hipona en su obra magna *De civitate Dei*, formuló la gran teoría que estaría llamada a predominar por siglos en la historiografía occidental. No por nada el autor evoca las palabras del célebre historiador inglés Christopher Dawson, quien calificaba a Agustín como el “forjador de la historia”. La novedad, que Baura se encarga de remarcar, estriba en la formulación y definición de la sexta edad; además de poner las edades del mundo en relación con las edades del hombre, siguiendo una reflexión iniciada por el cronista romano Floro y el apologista cristiano Lactancio. Por último, se hace mención del hispano Paulo Orosio y sus *Historiarum adversus paganos libri septem*, quien contribuyó a la concepción de la historia con su teoría de los imperios en los cuatro puntos cardinales, dependiente no de las visiones de Daniel, como podría pensarse, sino del historiador griego Éforo de Cumas. El discípulo de Agustín aparece así como el posible creador de la noción de *translatio imperii*, que tendrá enormes repercusiones en la Edad Media, especialmente por el uso político que de ella se hizo.

La siguiente sección está consagrada a la reflexión historiográfica en los reinos germánicos (Cap. 3, “El desarrollo de los esquemas divisorios durante la Alta Edad Media (siglos VI-X)”). El investigador analiza las ideas surgidas en dos espacios fundamentalmente: el reino visigodo de Toledo y los territorios anglosajones. En el primero, no puede faltar la mención de Isidoro de Sevilla, quien hizo de la doctrina teológica de las seis edades un “auténtico instrumento en la explicación de la historia” (p. 74). También se valora el aporte de Julián de Toledo y sus *De comprobatione aetatis sextae libri tres*,

quien utiliza la periodización cristiana para argumentar contra los judíos. El autor se detiene en el Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana, que anunciaba el fin de la sexta edad para el año 800, donde los historiadores modernos han visto, una vez más, “terrores” y calamidades. Todo ello permite hacer una constatación de envergadura: “La división de la historia en edades no fue un mero entretenimiento de los autores medievales, sino que traspasó las fronteras de la teoría para influir también en la vida de todos los hombres que vivieron durante la llamada Edad Media” (p. 81).

En el reino anglo de Northumbria floreció Beda. Su contribución al desarrollo de la historiografía occidental y a la periodización fue de grandes proporciones. Baura lo pone en evidencia comentando las obras *De temporibus liber* y *De temporum ratione*, donde el aporte del sabio destaca por dos elementos: la fijación del nacimiento de Cristo más de 1000 años antes de lo establecido por Dionisio el Exiguo (3952 *ab OC*, en lugar de 5199); y la inclusión en la partición temporal de la 7ª y la 8ª edad, las edades del reposo, antes y después de la resurrección de los cuerpos. Por último, el renacimiento carolingio le merece una brevísima alusión, comentando el papel de Alcuino de York (aunque esta información será completada más adelante, cuando se trate de la aceptación y difusión de las propuestas hispanas y anglosajonas).

Así llegamos al último capítulo (Cap. 4 “La periodización en la Plena Edad Media (ss. XI-XIII): continuación y cambio”), que abarca los siglos XI a XIII, época marcada por los simbolismos y las analogías, pero también por una preocupación por la naturaleza de las cosas y la finalidad de los acontecimientos. Es aquí cuando aparece el sistema de las Tres Edades. En primer lugar se refiere a los eslabones necesarios en la transmisión de los esquemas temporales, entre los siglos IX y XII. Entre ellos figuran Freculfo de Lisieux y Juan Escoto Eriúgena. Llama la atención la escasísima referencia a dos personajes que, en este punto, son de la mayor importancia: Mariano Escoto († 1082) y Sigeberto de Gembloux († 1112). En efecto, el primero protagonizó una revisión exhaustiva del cómputo cristiano, llegando a postular que el nacimiento de Cristo debía ser fechado 22 años antes de lo estipulado normalmente. Esto implicaba recalcular todas las fechas de la historia posterior, tarea que él mismo realizó con mucha paciencia en su crónica universal. Además, propuso la cuenta de los años en base a “ciclos”, grandes unidades de tiempo correspondientes a 532 años. La crónica de Sigeberto, por su parte, significó una renovación en la concepción eusebiana de la historia y la máxima expresión del ideal de la *contemporality regnorum* en la narrativa histórica. Pero todo esto queda sin tratar. En cambio, se le concede mayor atención a Honorio Agustodunense (llamado de Autún en el libro, de acuerdo a la nomenclatura antigua), que es

uno de los autores destacables por su labor de transmisión, pero en ningún caso de renovación del pensamiento historiográfico.

Luego desemboca de lleno en los tres intelectuales que constituyen el núcleo del capítulo: Otón de Freising, Ruperto de Deutz y Joaquín de Fiore. El primero es analizado poniendo énfasis en una novedad: por primera vez un cronista medieval “no divide la historia siguiendo un criterio religioso, sino que utiliza acontecimientos de carácter estrictamente político, es decir, «laicos», para marcar cesuras en el pasado” (p. 95). No obstante, en una nota al pie se reconoce que Ekkehard de Aura ya había dividido la crónica de Frutolfo usando hitos de la historia secular, aunque Baura considera que la escasa influencia de aquélla no alcanza a sustraer el mérito de Otón. Bastante discutible, al igual que la conclusión de aquí derivada, a saber, que Otón “constituyó un claro precedente de la periodización histórica moderna” (p. 96).

A continuación se analiza a Ruperto de Deutz a través de sus tratados teológicos y exegéticos. Aquí aparece por primera vez la asociación entre las edades de la historia y las personas de la Trinidad: la del Padre, hasta la caída de Adán; la del Hijo, hasta la pasión de Cristo; y la del Espíritu Santo, hasta el fin del mundo. Por ello, el aporte de Ruperto es calificado como el “primer paso del esquema trinitario”. Éste sería desarrollado en profundidad por Joaquín de Fiore y es el último gran punto abordado en la obra. Después de revisar los antecedentes montanistas y el componente milenarista y la idea de reforma de la Iglesia, se desarrolla la novedosa división de la historia del abad calabrés, con sus tres Edades o Estados, la última de las cuales estaba por comenzar. Por último, el capítulo se detiene en la posteridad del mensaje y las manipulaciones a las que fue sometido, proceso en el que intervinieron pensadores como Gerardo da Borgo san Donnino, Juan de Digne, Pedro de Giovanni Olivi y Juan de Parma. Así puede argumentar Baura, siguiendo a Jacques Paul, que el sistema de periodización de las Tres Edades “sería el que predominaría durante los siglos XII y XIII, por encima incluso de la omnipresente teoría de las Seis Edades” (p. 99). Aseveración que requiere probablemente de un matiz, puesto que el francés, para afirmar aquello, se había basado en Ruperto, en Joaquín y en Anselmo de Havelberg, pero ¡ninguno de los tres escribió historia!

El libro se cierra con un interesante epílogo titulado “Aparece la «Edad Media»”. En él se esboza el surgimiento de la división moderna de la historia. Aquí se discute, brevemente, si fue o no una propuesta novedosa la que hicieran los humanistas italianos. Y la respuesta es afirmativa: “El análisis de las teorías de las Seis Edades, las Tres Eras, los Cuatro Imperios y las Tres Edades ha revelado que en ninguno de estos cuatro sistemas se observa una separación periódica entre el tiempo de la Roma clásica y la propia era «me-

dieval»” (pp. 115-116). Esta es la gran conclusión. Esto no significa, como se nos advierte un poco más adelante, que los medievales no fueran conscientes de la distancia cultural entre la Antigüedad y la Edad Media, aunque no se consideraban viviendo en una época diferente. Con todo, nos parece que habría que distinguir porque, como ha mostrado el autor, eso fue así en las teorías; la escritura de la historia, en cambio, sí fraccionaba el continuo en Diocleciano o en Constantino, por ejemplo.

Resumiendo, Eduardo Baura nos entrega un panorama general y ordenado de la periodización de la historia en la Edad Media. Con referencia, si no a todos, al menos a los principales intelectuales que, hasta el siglo XIII, contribuyeron a generar los esquemas temporales. Es, por tanto, una obra útil para profundizar en el estudio tanto de la teoría de la historia como de la historia de la historiografía.

José Miguel de Toro Vial

Universidad Católica de la Santísima Concepción